

heróica de su esposa, y tiernamente prendado de la hermosura de su alma, la llevó para sí, despues de haberla colmado de toda especie de dones que la hicieron admirar de cuantos llegaron á conocerla. No solo en su vida, sí que tambien despues de su preciosa muerte, su memoria fué grata en todo el orbe católico. Los prodigios sin cuento que ilustraron su sepulcro, extendieron la fama de su santidad hasta los mas remotos climas. La voz del Vaticano declaró sus virtudes en grado heróico, y hechos los competentes exámenes, y aprobados los milagros obrados por su intercesion, por la santidad de Pio VII, fué beatificada solemnemente, y colocadas sus imágenes en los altares para recibir el culto de los fieles. No bastaba esto para completar la gloria de la ilustre vírgen de Mercatelo. Los pueblos ansiaban el momento de verrealizada la solemne canonizacion de una bienaventurada, que por donde quiera hacia brillar prodigios sin cuento y derramaba gracias extraordinarias en cuantos á su mediacion acudian. No tardó este en llegar. Nuestro inmortal pontífice Gregorio XVI ha llenado cumplidamente los deseos de toda la iglesia. Nuestra insigne vírgen ha recibido los honores de santa, y tal la aclaman ya los fieles hijos del cristianismo.

¡ Oh feliz y mil veces dichosa Verónica de Juliani! Recibe el tributo de alabanza que hoy te ofrece este piadoso pueblo congregado á celebrar tus virtudes, y á dar gracias al cielo por los beneficios que por tu intercesion recibimos. No olvides á estos tus devotos que llenos de confianza derraman ante tu altar fervientes plegarias en favor de la iglesia, de la religion y de este suelo tan fecundo en religioso ardor por su religion, como en desgracias é infortunios. Consíguenos de Jesucristo, que tan apasionado se mostró de tu corazon, y que te eligió por esposa suya, fidelidad para servirle hasta la muerte; á fin de que esta sea el momento dichoso de nuestro tránsito á la inmortal Jerusalem de la gloria.

SERMON

DE SAN VICENTE FERRER.⁽¹⁾

(DE CLIMENT.)

Non potest civitas absconbi supra montem posita.

Una ciudad que está puesta sobre un monte, no puede esconderse.

S. Mateo, c. 5. v. 14.

No siempre han de ser indóciles los israelitas, Ilustrísimo Señor. No siempre ha de ser su cerviz inflexible al yugo de los divinos preceptos. Mande Moises en el Levítico que celebren con la mayor solemnidad la Neomenia del sétimo mes, que en este dia se abstengan del trabajo, que ofrezcan á Dios holocaustos, que toquen clarines ó trompetas armoniosas. Mande David en sus Salmos lo mismo, diciéndoles que ese precepto les impuso el Dios de Jacob; que yo salgo fiador de su obediencia. Porque contemplo que tienen presente en su memoria el beneficio que, segun entiende mi angélico maestro santo Tomas, se les acuerda en este dia haberles hecho Dios, enviando un ángel del cielo para que detuviera el brazo de Abraham, cuando estaba para descargar el golpe sobre el cuello de Isaac. Y porque tambien contemplo que están inclinados y prontos á cumplir lo que Moises y David les mandan.

Por la misma razon, oyentes mios, no tengo el menor reparo de exhortaros á que hagais en este dia lo que hacian en aquel los israelitas. Porque ¿ no le consagrais al culto de un santo que naciendo en nuestra patria la acarreó el mayor ho-

(1) Predicado en la metropolitana de Valencia en el dia de su fiesta.

nor, la mayor gloria y la mayor dicha? ¿No es nuestro paisano san Vicente Ferrer un ángel tutelar, que ha detenido muchas veces, no el brazo de Abrahan sino el del mismo Dios, cuando, justamente irritado, estaba para sacrificar á su venganza nuestras vidas y las de nuestros padres? Y por otra parte ¿no estoy viendo que en este dia suspendeis el trabajo, que frecuentais los templos, que rebosa en vuestros rostros la alegría del corazon? ¿Cómo pues he de presumir que desatendais mis ruegos? Ea, os digo con confianza, y con las palabras del real Profeta: solemnizad esta insigne fiesta: vosotros sois los mas obligados: á vosotros se dirige el precepto.

Pero no quisiera, señores, que en todo os asemejarais á los israelitas, que ejecutando sin violencia y con gusto cuantas ceremonias exteriores prescribia la sinagoga en sus fiestas, no se conformaban con su espíritu: sus demostraciones eran mas profanas que sagradas, mas bien acciones de irreverencia que actos de religion; supuesto que Dios se explicó por Isaías (1) diciéndoles: me son abominables vuestros inciensos: no puedo sufrir vuestras Neomenias: son inicuos vuestros cultos: *Incesum abominatio est mihi: Neomeniam non feram: iniqui sunt cultus vestri*. No quisiera, digo, que imitarais á los israelitas en el sacrilego modo de celebrar las fiestas; y que por eso os hicierais reos de la indignacion de Dios, que debeis aplacar en este dia por la intercesion de san Vicente. No. No ha de reducirse la devocion que le teneis á exterioridades, y ménos á exterioridades que le son injuriosas, y solamente sirven para profanar esta sagrada festividad.

Porque bien sabeis, señores, que el precepto que nos obliga á santificar los domingos y dias de fiesta nos manda una cosa y nos prohíbe otra. Nos manda dar á Dios el debido culto con sacrificios, oraciones y otros actos de la virtud de la religion; y para que podamos practicarlos nos prohíbe las obras serviles ó mecánicas que se ejercitan con las fuerzas del cuerpo. Y aun con mas rigor que estas prohibia la antigua disciplina eclesiástica á los cristianos las diversiones mundanas: porque se miraban y deben mirarse ó como pecados, ó como peligros manifiestos de cometer pecados; que son, como se explica santo Tomas, las obras mas serviles, la esclavitud mas ignominiosa, lo

(1) *Isai. c. 1. v. 10.*

que mas nos aparta del servicio de Dios, y lo que mas se opone á la santificacion de nuestras almas y de las fiestas. De suerte que en sentir del mismo santo doctor, quebrantan mas este precepto los que destinan los dias festivos para ir á las casas del juego, de la conversacion y á los teatros, en que ofenden á Dios con blasfemias y con torpezas, que no los que trabajan en el campo.

Son discípulos de Epicuro los que piensan que el descanso corporal que prescribe la iglesia en los dias festivos tiene por fin, no el ejercicio de las virtudes, sino el infame desahogo de las pasiones: son sacrilegos los que juzgan que este dia con especialidad deben celebrarle con juegos, con devaneos, con escandalosos desacatos. ¿Acaso es san Vicente algun dios de la gentilidad? ¿Ha de ser este dia época fatal en que comience á triunfar la vanidad, la gula, la lascivia, de la humildad, de la parsimonia y de la modestia cristiana? ¿Ha de ser hoy Valencia semejante á Roma idólatra de Baco? ¿Ni aun los templos han de ser sagrado en donde se recoja la piedad? ¿Han de verse en ellos torpes irreverencias? ¿Han de oirse descompuestas risadas? ¡Qué desórden! ¡Qué mal conocen á nuestro santo los que por obsequiarle le tributan tan profanos é inicuos cultos! Teman el castigo de la mano de quien esperan recibir el premio. Teman no les consuma Vicente con aquel fuego infernal que consumió á dos jóvenes que ofendian á Dios, al mismo tiempo que le estaban oyendo declamar contra los vicios. Pues en el cielo no ménos que en la tierra abomina de las abominaciones que se cometen con el pretexto de su devocion.

Pero vosotros, fieles míos, que venis á este templo á venerar á nuestro santo cristianamente, y atraídos de un verdadero espíritu de religion; depuesto todo temor, alegraos con la mas santa alegría, hija de la confianza que debe daros su poderoso patrocinio y el testimonio de vuestra propia conciencia, que limpia de las culpas es, á juicio de san Agustin, la mayor disposicion para celebrar las sagradas festividades. Y aun si quereis seguir el consejo de este gran padre de la iglesia, procurad que la veneracion que profesais á Vicente llegue á ser perfecta, pasando á ser imitacion de sus virtudes. Yo me empeño en cuanto esté de mi parte á contribuir al logro de vuestro designio, proponiéndosle esta mañana por ejemplo de humildad y de penitencia.

San Mateo compara á Vicente en nuestro Evangelio á una ciudad, que erigida sobre el monte mas elevado, desde muy léjos se descubre. *Non potest civitas abscondi supra montem posita.* Pero yo no me atrevo á subir á su cumbre, á entrar en ella; en el alma, digo, de un doctor, de un taumaturgo, de un profeta, de un apóstol, para ver el palacio mismo de la sabiduría, el trono de la omnipotencia, el tribunal de la misericordia, los consejos de la divina Providencia. Porque esta empresa es superior á mis fuerzas. Ni aun me atrevo á poner los ojos en sus muros llenos de esmeraldas, de diamantes, de topacios y de zafiros: porque estas piedras preciosas que vió san Juan en la Jerusalem triunfante, símbolos de la caridad, del celo, de la sabiduría, de la fortaleza y de las demas virtudes que adornaron el alma de Vicente, despiden de sí tantas luces, que me deslumbran y deslumbrarán á cualquiera que tenga la vista ménos perspicaz que el águila del Apocalipsis. Bajaré pues la vista, me arrimaré á la falda de aquel monte, registraré los cimientos sobre que estriba fábrica tan excelsa, y la senda por donde subió Vicente á transformarse en ciudad tan prodigiosa, y confío encontrar luego con su humildad y con su penitencia. Porque la humildad es, como enseña san Agustin, el fundamento de la perfeccion. La penitencia, segun san Bernardo, es el camino que guia á la cumbre de la santidad; y así sin apartarme de aquella ciudad, ni del asunto que me he propuesto, puedo haceros ver en lo dilatado del generoso ánimo de Vicente las estrecheces de su humildad; y entre los atractivos de un genio dulce los rigores de su penitencia. Atendedme, os ruego, y admiraréis en nuestro gran santo un humilde magnánimo, y un penitente afable.

PRIMERA PARTE.

Tal vez os parecerá temeridad el que me haya empeñado á manifestar la virtud de la humildad de san Vicente: porque á vuestro juicio se hallarán en su vida pocos hechos que la comprueben. Esta virtud, me direis, es muy propia de los pecadores, á quienes su misma conciencia aflige, el peso de sus pecados abate, y obliga á que arrepentidos reconozcan la miseria de su estado: ó á lo mas podrá encontrarse la humildad en aquellos santos que, escondiéndose en los desiertos, sepultándose en las cuevas, ó retirándose á los claustros, huyen de las

honras y dignidades del mundo, cierran todas las puertas y las ventanas por donde se introduce el sutil aire de la vanidad.

No hay duda, señores, que estos viven ménos expuestos al riesgo de desvanecerse; pero por lo mismo su humildad es ménos heróica que la de aquellos que no la pierden entre los aplausos. ¿Quién celebra la habilidad de un piloto que gobierna con acierto su bajel en la bonanza del mar? Pero ¿quién no admira la destreza del otro que en la mas deshecha borrasca librándole del naufragio le conduce al puerto? ¿Quién cree que son hondas las raíces del tomillo, porque no le arranca un aire impetuoso? Pero ¿quién duda de la robustez de un cedro que colocado sobre la cumbre de un monte, no le dobla un furioso torbellino? Cuantos viven por su insuficiencia ó su desgracia desatendidos del mundo, son como hierbas que arrimadas á la tierra, solo nacen para ser pisadas: son como naves que calmado el aire, no se mueven; y así no es mucho que ellos no se ensoberbezcan. Pero es de admirar que Vicente se mantuviera humilde, combatido de los mas violentos soplos de la vanidad: pues fué como el mas elevado cedro del Líbano, como la nave de mas alto bordo: sobresalió tanto en el mérito y en la gloria entre los mas célebres varones de su siglo, cuanto se descuella un cipres entre débiles mimbres.

Y no podeis pensar, señores, que son hipérboles mis expresiones. Porque ¿no estais viendo que apenas nace Vicente, se conmueve Valencia admirada de los extraordinarios favores que le dispensa el cielo? ¿Y que al mismo paso que va creciendo en los años, crece en la estimacion de sus paisanos? ¿No estais viendo que á pesar de los esfuerzos con que su humildad pretende ocultarle á los ojos del mundo, retirándose á los claustros de este venerable insigne convento de Predicadores, la fama toma de su cuenta y logra divulgar la excelencia de sus virtudes por todo el orbe? ¿Hay en él nacion tan bárbara que no le conozca y le venere? España, Francia, Italia, Alemania, Inglaterra van á porfía en obsequiarle: Granada, cuando mas ciega en las supersticiones mahometanas, abre los ojos para verle y aclamarle profeta. Y entre los particulares ¿se encuentra alguno que deje de venerarle? Los pontífices le ruegan que admita el capelo y las mitras de Lérida y de Valencia. Cuatro reyes y dos reinas le eligen árbitro de sus conciencias y de sus voluntades. Los príncipes soberanos salen de sus palacios, y toman-

do del diestro del jumentillo en que va montado, le introducen triunfante en sus cortes. El vulgo por su naturaleza vario é inconstante, deja de serlo en su obsequio: pues entre tantos no se halla un malignante, que descubriendo en él alguna falta ó seña de vanidad le llame hipócrita.

Así, señores, os hago ver sin detenerme á ponderar sucesos que claramente convencen, que fué tan inmensa la gloria, como profunda la humildad de Vicente. Porque deseo llegar y llevaros á aquel célebre congreso de Caspe, en que se me representa como uno de los nueve jueces diputados para señalar sucesor en la corona de Aragon al difunto rey don Martin. Pero ¿qué digo uno de los nueve? Se me representa como único elector: pues los demas, venerándole intérprete de la divina voluntad, defieren en todo á su dictámen, suscriben sin la menor réplica su voto, habiéndole ántes dicho lo que los israelitas á Samuel: señálanos el rey que nos ha de gobernar (1): *Constitue nobis regem, qui judicet nos*. Y así como aquel profeta, advertido por divina inspiracion de los méritos de Saúl, le declaró en los campos de Masfa rey de Israel; así tambien Vicente desde un elevado teatro, en presencia de toda la nobleza de estos reinos y de los embajadores de tantos príncipes pretendientes, aclamó rey de Aragon á don Fernando, infante de Castilla.

Parece que Dios constituyó á nuestro santo como á Jeremías, superior á todos los reinos y reyes de la tierra (2). *Ecce constitui te super gentes et super regna*. Pues no bien acaba de dar en Caspe una corona, cuando pasa á Perpiñan á quitar una tiara. Solo en los reinos de España era reconocido Benedicto pontífice sumo. A ménos que el rey de Aragon no le negara la obediencia, no podia acabarse aquel cruel cisma que por mas de cuarenta años tuvo rasgada, ya en dos, ya en tres pedazos la túnica inconsútil de la iglesia. Batallaban en el corazon de aquel príncipe el celo de la religion y la ley del agradecimiento. Quisiera cumplir á un tiempo con las obligaciones de católico, y de amigo y deudor de Benedicto; y hubiera pasado aquel nudo á hacerse indisoluble, si no le hubiera cortado la espada de la voz de nuestro santo. Lo mismo fué decirle al rey que habia llegado ya el caso de negar la obediencia á aquel

(1) *I. Reg. c. 8. v. 5.* (2) *Jerem. c. 6. v. 10.*

terco infeliz prelado, que ejecutarlo toda España, y aparecer el arco iris que aseguró la paz de la iglesia. Entónces se le dobló á Vicente la estimacion en el mundo; entónces le escribió aquel gran canceller de Paris Juan Gerson con el mismo respeto que pudiera á san Pablo; entónces le consultó el concilio de Constanza sus dudas, bajando el mismo cielo estrellado á men-digar las luces de este resplandeciente sol de la iglesia.

Subió tan alto el mérito de nuestro santo en el concepto de todos, que fuera ménos temeridad que en Luzbel pretender entrarse por fuerza en los cielos, y colocar su trono junto al del Altísimo (1). Pero estuvo tan léjos Vicente de ensoberberse, que si á aquel espíritu rebelde se le hubiera de haber señalado un custodio, no pudiera haberse escogido otro mas á propósito que nuestro santo. Por ventura le hubiera contenido en el respeto debido á su Criador el ejemplo de este corazon reverente, que de un puñado de barro supo erigirle á su Dios un templo; se hubiera confundido al oírle decir, que se reputaba estiércol vilísimo, abominable, indigno del hábito de Domingo; se hubiera humillado al verle retroceder de los umbrales de un cementerio, y arrodillarse para besar la tierra que cubria los cuerpos de unos monjes venerables. ¿Puede hallarse humildad mas profunda, ni mas acrisolada al fuego de los aplausos? ¿Juzgais necesario para prueba de sus quilates, que se le aplique otra nueva piedra de toque? ¿Quereis ver humilde á Vicente en honras inauditas y aun imposibles? Decídmelo, señores, no tengais reparo; que me será fácil satisfaceros: porque puedo todavía deciros que vence Vicente un imposible, que falsifica aquel adagio, aquella máxima de Jesucristo (2): *Non est propheta sine honore, nisi in patria sua*. Pues es venerado profeta en su patria, entra en ella bajo palio, en procesion solemne, acompañado de su magistrado y de toda la nobleza, con mas victores y aclamaciones del pueblo que Alejandro en Babilonia.

No puedo sufrir en verdad se diga que salió Vicente enojado de Valencia, que la trató de ingrata, que la amenazó con que no gozaria sus reliquias, cuando no hubo jamas santo ni mas venerado, ni mas amante de su patria. Bien acreditan los valencianos su veneracion con las demostraciones con que le reci-

(1) *Isai. c. 14. v. 13.* (2) *Matth. c. 13. v. 57.*